

aplicacion al estudio; pero es un estudio que conduce á la muerte. ¡Más les valiera ignorar hasta la primera letra de nuestro alfabeto!

Otros dirán, que los hechos trágicos interesan la sensibilidad de la juventud, y les hacen concebir ideas elevadas de la virtud y del heroísmo. Sí; las virtudes que inspiran las novelas. ¿No veis cómo han moralizado el mundo? El heroísmo de tantos y tantos que se suicidan á efecto del valor que les inspira la novela para soportar los males de esta vida. ¡Misera- bles! El duelo, el suicidio, hé aquí los actos de valor que inspiran las novelas! ¡Acto de verdadera cobardía es, señores, no tener valor para sufrir los males de la vida! La fé, la religion sí que inspiran el valor llevado hasta el heroísmo, porque nos elevan sobre los mismos males terrenos, que nos hacen concebir como pequeños medios de expiacion para aspirar á una gloria sin fin.

Pidamos al Señor, por la intercesion de nuestra amada Madre María, que envíe un rayo de luz á los que desgraciadamente han perdido la fé, y á los no menos desgraciados que se ocupan en la lectura de esas obras funestas, y que á nosotros nos confirme en los santos propósitos, para que así podamos conseguir la vida eterna.—AMEN.

## SEXTO DIA.

### LANZADA Y DESCENDIMIENTO.

*Super me confirmatus est  
furo tuus, et omnes fluctus  
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

«¡OH, vosotros que pasais por los caminos, ved si hay un dolor semejante al mio!» Así exclamaba en otro tiempo el profeta Jeremías, llorando lleno de amargura las desgracias y desolacion de Jerusalem, que era el embeleso del mundo, y habia de ser convertida en un acerbo informe de ruinas, de sangre y de cadáveres. Así la desconsolada Resfa, cuando cubierta su cabeza de polvo y ceniza, y revestida de un áspero cilicio, contempla horrorizada el patíbulo infame de sus queridos hijos, sacrificados al furor de los gabaonitas. Y así tambien exclama en este dia aquella hija querida del Altísimo, sentada junto á

la Cruz del Hijo amado, abandonada de Dios, de los ángeles y de los hombres; ¡oh, vosotros, los que vivís pendientes de los acontecimientos humanos; los que pesáis vuestras penas en la balanza de la carne y de la sangre; los que pasáis por los caminos de la tribulación y de la amargura, ved si hay un dolor que pueda ser comparado al mio!...» *¡O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor similis sicut dolor meus!* Ved aquí, mis amados, el eco triste y compasivo que resuena hoy sobre la cumbre del Gólgota, más amargo, más funesto de un modo infinito que la voz de Jeremías y de la desconsolada Resfa. Sigamos la sagrada historia.

Apenas los sangrientos verdugos consumaron el horrendo sacrificio, retiranse á la ciudad ingrata, con el bárbaro placer que produce la fiera venganza cuando ha sido satisfecha. La Santísima Virgen no abandona un momento á su querido Jesus, é inmóvil junto á la Cruz, allí se entrega al dolor más profundo. Allí espera resignada el cumplimiento de los decretos eternos, resuelta á perecer, si necesario fuere, al lado de su amado. Mas hé aquí que una turba bulliciosa sube al Calvario, se acercan al cadáver del Salvador, registran sus heridas, respirando todavía venganza, levantando su lanza uno de aquellos malvados, rasga con rábida inhumana el divino costado de Jesus difunto, y María queda de nuevo en su soledad y cubierta de nuevo horror.

Era ya muy cerca de la noche cuando aparecen

los santos varones y, bajando de la Cruz al Salvador, lo entregan á su querida Madre. Entonces vé y toca de cerca sus manos, su rostro, su divina cabeza y su costado sacrosanto rasgados y brotando todavía sangre, y estrechando contra su pecho el cadáver del amado de sus entrañas, renuévanse á la vez todos los tormentos que sucesivamente habia experimentado su alma tierna durante tan cruel sacrificio.

Ved aquí, señores, el objeto de nuestra meditación en este dia sexto. ¡Se aumenta por grados el interés y el horror santo del drama que se representa en el Calvario! ¡Avivad vuestra fé y vuestra sensibilidad! Yo me propongo ponderar hoy el dolor de la Santísima Virgen cuando vé rasgar el pecho sacrosanto de Jesus difunto, y recibe despues en sus brazos su cadáver denegrado y despedazado, que le reproduce todos los tormentos, amargura y desconuelo que habia experimentado durante su vida, y le representa la imágen de un alma súcia, herida y cubierta de llagas por el vicio horrible de la reincidencia. Con razon exclama á su eterno Padre con las palabras del profeta: «Sobre mí, etc.»—AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est  
furor tuus, et omnes fluctus  
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¡Cuán incomprensibles son, señores, los juicios del Señor! La razon miserable del hombre se humilla y se confunde oprimida bajo el peso de su inmensidad. Una prueba, la escena de horror que vamos á contemplar en este dia. Los vaticinios sagrados se han cumplido ya; Jesucristo satisfizo con exceso la deuda fatal contraida en el paraiso; en el cielo, celébrase ya con alegría este glorioso triunfo; en la tierra, la pérfida Jerusalem se complace de verse teñida con la sangre de su Rey y de su Dios. Todo ha concluido ya... en el Calvario, empero, se representa todavía una escena de horror. Todo ha concluido ya... los dolores de nuestra querida Madre aumentan cada dia sin esperanza de consuelo. Estadme atentos.

Los judíos no podian imponer la pena de muerte en el dia de la Pascua, ni los cadáveres de los ejecutados debian estar tampoco manifiestos aquel dia en el lugar del suplicio. Era necesario, por tanto, arrancar el del Salvador de la Cruz, porque aquel mismo

dia, segun unos expositores, ó el siguiente, segun otros, se celebraba esta solemnísima fiesta. Una cohorte de soldados romanos marcha á inspeccionar los que habian sido crucificados, con orden de tronchar los brazos y piernas de los que permanecieran aun vivos. Preséntanse sobre la cima del Calvario, se acercan al Salvador, y al ver que era realmente muerto, como habian informado á Pilato el centurion y los sacerdotes judíos, uno de los soldados levanta su lanza con furor inhumano y, entonces la afligida María toda se conmueve, y postrándose á los piés de aquel bárbaro, le suplica que respete siquiera la santidad de un cadáver. Pero es en vano; aquel inhumano soldado atraviesa el costado de Jesus difunto, hasta penetrar la lanza del otro lado, dividiendo así su corazon sacrosanto. Y aquel corazon de fuego, segun la hermosa metáfora de Jeremías, aquel incendio de amor oculto, no puede contenerse ya en tan estrechos límites, dice Santo Tomás de Villanueva, y se manifiesta á la vista de los mismos ingratos y sangrientos verdugos. ¡Qué espectáculo tan nuevo, señores, en la historia de los siglos! ¡Pero qué funesto y terrible para la afligida Madre, saturada ya de angustia y dolor!

Yo me la represento inmóvil y casi exánime al ver patente el corazon de su amado Jesus, dividido por la lanza, y derramando á torrentes su sangre, y levantando sus manos como queriendo contenerla, interin se empapan en aquella misma sangre purisi-

:

ma su rostro, sus manos y sus vestiduras. Señores, ¡nuestro corazón no concibe ya más amargura! pero sí, aun hay más. No nos separemos del Calvario, y vamos á contemplar allí el último esfuerzo de la omnipotencia del Dios justo y terrible, permitidme esta expresión, que se ocupa todo en derramar sobre el corazón de su tierna Esposa hasta las heces del amargo cáliz. Oid, y llenaos de espanto.

Ya se han vuelto los soldados romanos á la ciudad deicida, y el Calvario ha quedado envuelto en las sombras de la soledad más amarga y espantosa. Los cadáveres de los malhechores, arrancados sus brazos y sus piernas, y esparcidos por la cima del monte... el Salvador pendiente todavía de la Cruz, desfigurado y cubierto de negra sangre... el eco débil de las piadosas mujeres, y el evangelista amado, que suspiran y lloran sin consuelo... las sombras de la noche que van llegándose ya, y cubriendo á la naturaleza toda de languidez y oscuridad... y el murmullo sordo que sube de la pérfida Jerusalén, celebrando en un regocijo estúpido la solemnidad de la Pascua... hé aquí los desconsoladores objetos que se representan á esa triste Madre, junto á la Cruz de su amado. Su corazón quiere ya derretirse por la vehemencia de su dolor; sus ojos fijos en el amado de sus entrañas; sus manos elevadas al cielo, esperando resignada el cumplimiento de los eternos decretos. ¡Qué espectáculo tan tierno, señores; Jesucristo herido, despedazado, denegrido, pendiente de una

Cruz y muerto, y la afligida María inmóvil junto á la misma Cruz sin esperanza de consuelo!

Mas hé aquí que dos varones justos, José y Nicodemo, antiguos discípulos de Jesús, se acercan al Calvario. Estos habían conseguido el permiso para sepultar su sagrado cadáver. Llegan á la presencia de María, y con la ayuda de cuerdas y escalas traídas al efecto, arrancan los clavos de sus sagrados piés y manos, bájalo de la Cruz y lo entregan á su querida Madre, que lo recibe y estrecha en sus brazos llena de consuelo. ¡Pero qué consuelo, mis amados! Ella vé á su querido Jesús exánime, cuando era la vida de todos, y contempla en su sagrado cadáver el odio y la execración personificados de un pueblo ingrato. Ella mira aquellos divinos ojos, que fueron en otro tiempo resplandecientes estrellas, como los llama la Esposa de los Cantares, oscurecidos y muertos; sus cabellos, hebras de oro finísimo, desordenados y empapados en sangre; su boca, que despedía dulce y celestial fragancia, denegrida y fría como la muerte; su nariz de marfil labrado, quebrada y hecha toda pedazos; su rostro, que era la alegría de los ángeles, cubierto de saliva y de lodo, é hinchado todavía y casi deshecho; sus manos y piés, de oro y marfil torneados, heridos y desgarrados por los clavos; su costado sacrosanto abierto, derramando aun sangre, y patente su corazón partido por la lanza. ¡Qué vista tan terrible, señores!... Hé aquí el consuelo amargo que experimenta nuestra tierna Madre cuando recibe